

invalidada ya particularmente por diferentes tratados de reciprocidad, en la confianza, justificada por los resultados ya obtenidos, de que el genio de empresa, la industria y el arrojo del pueblo inglés le aseguran la parte que le corresponde en el comercio universal y mantendrán su antigua fama en los mares.

En 7 de julio de 1850 murió Peel de una caída de caballo. Palmerston había salido del ministerio antes de la derrota final de la revolución en el continente, porque terco como era, no quiso subordinarse á la corona ni escuchar las opiniones de sus compañeros, y acabó de perder la confianza de la reina y la simpatía de sus colegas con el reconocimiento, á pesar de la resolución expresa del consejo de ministros, del golpe de Estado de Luis Napoleón, medida por lo demás acertadísima. Su salida del ministerio, que fué la consecuencia de esta arbitrariedad y terquedad, causó inmenso júbilo en las filas de la reacción europea.

El esposo de la reina Victoria coronó sus constantes esfuerzos en pro de todos los progresos de la humanidad con la idea de una exposición universal, que efectivamente se realizó. El 1.º de mayo de 1851 fué abierta solemnemente

en un magnífico palacio construido de hierro y de cristal, una exposición de lo mejor que las naciones producen en primeras materias, en máquinas, en todas las industrias y artes, para enseñanza de los atrasados y satisfacción y fomento de los más adelantados; palanca para despertar la emulación y sermón mudo y eficaz en favor de los beneficios de la competencia y del libre cambio de productos materiales y de ideas. Fué esta exposición, en una palabra, un homenaje tributado por el mundo entero á la industria y á su inmensa influencia en la humanidad actual. Otras exposiciones posteriores fueron más brillantes, pero ninguna produjo tan grande efecto como la primera, por la novedad del espectáculo y su entonces nunca vista grandeza. Fué el arco íris, mensajero de paz y de una era nueva de más dicha que las anteriores, en la cual en lugar de armas mortíferas lucharán los pueblos por la preeminencia en el talento y el trabajo con su industria y sus ciencias. Fué una etapa de descanso, porque antes del porvenir dichoso que anunciaba, habían de ocurrir todavía muchas colisiones sangrientas y guerras crueles entre las diferentes naciones.

FIN DE LA ÉPOCA DE LA RESTAURACION Y DE LA REVOLUCION

## HISTORIA DEL SEGUNDO IMPERIO FRANCÉS

### Y DE LA FUNDACION DEL REINO DE ITALIA

POR EL CATEDRÁTICO

DR. CONSTANTINO BULLE

#### CAPITULO PRIMERO

##### INTRODUCCION

La revolución de febrero de 1848, á pesar de la rapidez estupenda con que había triunfado, no había podido comunicar á la nación francesa la fe en la seguridad, duración y solidez de la situación nueva. La población rural y una gran parte de la población acomodada de las ciudades eran contrarias á la república; y esta aversión creció con el aumento súbito de las contribuciones, con la baja extraordinaria de la renta, que llegó hasta la mitad de su valor corriente, y con las tendencias de la política económica, que parecía no querer detenerse ante la propiedad particular. Estas causas y finalmente la decadencia general de la industria aumentaron el temor de que la república, personificada entonces por Lamartine, se inclinaria cada vez más hácia la izquierda y llegaría al fin á ponerse al servicio del socialismo. Este temor no se desvaneció aun después que la sangrienta batalla de junio hizo desaparecer el peligro inmediato, porque la nación creía hallarse en un plano inclinado, expuesta á bajar cada vez más si no conseguía subir otra vez la pendiente, es decir, si no lograba introducir en la constitución definitiva garantías conservadoras que preparasen la vuelta de la institución monárquica. Esta tendencia contribuyó justamente á exacerbar cada vez más á los partidarios de la república socialista y hacerlos enemigos encarnizados de la república burguesa. De esta manera la situación fué allanando el camino que conducía al bonapartismo. Los monárquicos, que

propósito secreto de deshacerse del Bonaparte en la ocasión más oportuna, después de haberse servido de él como ariete para realizar finalmente su ideal político.

La pobre opinión que se tenía en general del príncipe Luis Bonaparte, que de todos los miembros de su familia era el único que entraba en consideración tratándose del restablecimiento de la dinastía napoleónica, facilitó notablemente el propósito de elevarle á la presidencia; porque nadie dudaba que costaría en su día menos trabajo derribar á este aventurero imprudente que elevarle á la cúspide del gobierno de Francia. Las empresas locas de Estrasburgo y de Boulogne calificaban al parecer perfectamente el valor de aquella cabeza, que parecía sin seso, y lo que se oía de su vida y conducta en Inglaterra confirmaba el concepto más pobre de sus aptitudes intelectuales, de su capacidad política y de su fuerza de voluntad. A esto se agregaba el efecto que producía su aspecto personal, que no podía dejar duda á nadie de que el nombre y la fama del gran emperador habían llegado á ser herencia de un individuo insignificante. Su fisonomía, dijo Luis Bamberger en el número del 16 de enero de 1873 de la *Gaceta de Augsburgo* (1), era como la de cualquier libertino; el bigote encerado y reluciente y las profundas arrugas de las mejillas á cada lado de su gran nariz, concentraban la impresión de su aspecto en la parte inferior del rostro, dejando solo en la parte superior la frente tersa falta de toda expresión, de inteligencia y de voluntad. Solo la mirada suave, vaga y corta de sus ojos pequeños y rasgados daba indicios de una individualidad que merecía ser tomada en consideración con cierta reserva; pero al ver pasar cerca

del estandarte del bosque que el individuo de corta estatura, grueso, de cuerpo fofo, de cabeza inclinada hácia adelante y á la derecha, arrastrando penosamente las piernas cortas una tras otra y apoyándose todo él con fuerza en el brazo de una persona de su confianza, ocurría preguntar si estaría destinado por la naturaleza para apoyarse siempre en otros. Fué, no obstante, uno de los mejores y más osados jinetes de su tiempo; montado á caballo, era muy diferente la impresión que producía, y las personas que tuvieron ocasión de tratarle personalmente quedaron siempre pre-

del estandarte del bosque que el individuo de corta estatura, grueso, de cuerpo fofo, de cabeza inclinada hácia adelante y á la derecha, arrastrando penosamente las piernas cortas una tras otra y apoyándose todo él con fuerza en el brazo de una persona de su confianza, ocurría preguntar si estaría destinado por la naturaleza para apoyarse siempre en otros. Fué, no obstante, uno de los mejores y más osados jinetes de su tiempo; montado á caballo, era muy diferente la impresión que producía, y las personas que tuvieron ocasión de tratarle personalmente quedaron siempre pre-

(1) Véase también la orden de prisión del 26 de mayo de 1846.

dadas de su trato cordial y atable. A muchos sucedió lo que á la reina Victoria, que despues de la visita de Napoleon á Londres en 1855, escribió en su diario que era imposible no estimar á Napoleon y no admirarle en gran manera; que se atraía la confianza y que creía en su afecto, amistad y gratitud. Cassagnac dice en su obra (1): «Su lenguaje era lento, reposado y muy claro, y si una expresion no traducía perfectamente su idea, la modificaba. Nadie como él escuchaba con tan deferente atencion ni nadie admitía con igual



Napoleon Louis. 63

Luis Napoleon Bonaparte  
(segun un dibujo de A. d'Orsay, del año 1839)

cortesía las objeciones.» Mas estas amables cualidades fueron observadas por muy pocas personas, y aun despues solo fueron tomadas en cuenta por contadas clases; de suerte que no influyeron en nada en la opinion que el público en general se fué formando de Luis Napoleon. Lo que influyó en la opinion del público fué la ausencia de todo rasgo propiamente bonapartista en el exterior del príncipe; y tan diferente se le encontró de su tío, que tuvo muchísimos creyentes la opinion de que Luis Napoleon no era en realidad un Bonaparte, que no era el hijo de Luis Bonaparte, sino el fruto de los amores ilícitos de su madre Hortensia con el almirante holandés Verhuel (2); opinion que abonaban la flemma holandesa que caracterizaba toda su persona y la mirada amortiguada, que casi nunca dirigía á la persona con la cual conversaba, al paso que su lenguaje casi tímido é irresoluto indicaba una inseguridad interior y la incapacidad de tomar resoluciones bien meditadas. Confirmó esta creencia

(1) *Souvenirs du Second Empire*, Paris, 1879, tomo I, pág. 42.

(2) Compárese contra esta opinion á Senior: *Conversaciones con Thiers, Guizot y otros personajes*, Londres, 1878, tomo II, pág. 335.

la conducta del príncipe en los primeros meses de la república. El hombre que se habia trasladado apresuradamente á Paris á la primera noticia de la revolucion de febrero, en la esperanza probablemente de apoderarse entonces con facilidad del botín á que por dos veces habia aspirado de la manera mas necia, emprendió á la primera advertencia del gobierno provisional el viaje de regreso á Londres con la mayor sumision. Elegido en cuatro departamentos para la asamblea nacional, en el mes de junio de 1848, y admitido en ella á pesar de la oposicion del poder ejecutivo, no tomó posesion de su asiento, eludiendo este primer deber de ciudadano, y diciendo, no obstante, «que si el pueblo le impusiera deberes, sabría cumplirlos,» palabras que revelaban ya su ambicion. En setiembre fué elegido otra vez por cinco departamentos, y entonces aceptó; pero este cambio de resolucion fué atribuido por la opinion general á la inconsecuencia de carácter del príncipe y á su falta de plan. En las sesiones se mostró indolente, demasiado tímido ó poco elocuente para intervenir en los debates; por manera que no dió pruebas del fruto de sus meditaciones solitarias, que á la entrada en la cámara habia prometido poner á la disposicion de la asamblea. En una palabra, la impresion total que produjo fué que á semejante individuo podia confiarse sin ningun escrúpulo ni temor la direccion de la república, y que no ofreceria grandes dificultades si á la corta ó á la larga se quisiese poner en su lugar un príncipe de Orleans, ó á Luis Blanc, ó á Raspail, ó tal vez al conde de Chambord.

¡Cuán engañados estaban no obstante los partidos respecto del carácter y de la constancia muy meditada del príncipe, cuya energía tenaz en la persecucion de sus propósitos, sacaba su mayor fuerza de la fe fática que tenia en su mision (3)! Habia heredado de su madre Hortensia y de su abuela Josefina una fuerte tendencia á la supersticion. En su juventud le habia profetizado una sonámbula que pasaria algun tiempo encerrado en una cárcel, que llegaría á ser emperador y que moriria de muerte violenta. Cuando despues estuvo preso en el castillo de Ham, y cuando luego fué proclamado emperador, no dudó ya de que tambien se cumpliría la tercera profecía (4). A la edad de 19 años, cuando todavía estaban delante de él no solamente los hermanos de Napoleon I, sino tambien el hijo de este último, y el hermano mayor del mismo príncipe, creyó Luis Napoleon firmemente que llegaría á subir al trono, tanto que su propia madre se burlaba de sus ensueños (5); pero cuanto mas la muerte le iba despejando el camino, tanto mas se arraigaba en él la conviccion de su mision providencial, que procuró justificar y explicar ante sus conocidos y ante su propia conciencia por toda una série de razones políticas, filosóficas é históricas. Ya en las «Ideas napoleónicas» que publicó en 1839 y 1840, antes de su atentado de Boulogne, habia manifestado muy claramente su idea fundamental, solo que se hizo muy poco caso de su escrito; pero Sybel (6) dice con razon que Luis Napoleon procedió despues exactamente como habia escrito en la citada obra, en la cual decia que la Francia no salía de las turbulencias porque los gobernantes no sabian arreglar convenientemente la transicion del sistema antiguo al nuevo; que Napoleon I lo habia intentado, pero la forma de gobierno fundada por él fué derribada en 1815; que despues se habia desacreditado por

(3) Granier de Cassagnac: *Souvenirs*, pág. 49.

(4) *Reminiscences of Court and Diplomatic Life*, by Georgiana Baroness Bloomfield, Leipzig, Tauchnitz, 1883, tomo II, pág. 12. Véase tambien Senior: *Conversations*, tomo II, pág. 140.

(5) Malmesbury (*Earl of*): *Memoirs of an Ex-Minister*, Leipzig, Tauchnitz, 1885, tomo II, pág. 36.

(6) En su obra: *Napoleon III*, pág. 12.

absolutista al emperador, cuando era el verdadero representante de la gran revolucion; pero que así como triunfó el Evangelio del Crucificado, del mismo modo se levantaría la idea napoleónica del sepulcro de Santa Elena y encontraría no solamente sus mártires, sino tambien sus apóstoles y su reino. El alma de la idea napoleónica era la union del orden con la libertad, del principio de gobierno con los derechos del pueblo. Verdad era que la libertad no podia proclamarse de golpe, porque se debia preparar primero su reinado y se habian de hacer para él anchos cimientos sobre los cuales pudiera luego construirse el edificio. Entretanto

convenia fomentar el bienestar material, porque de ninguna utilidad son para el pobre explicaciones estériles de los derechos del hombre. Para ser útil al pobre se debian aplacar su sed y acallar su hambre. Se despertaría y fomentaría el amor patrio por medio de recuerdos gloriosos; pero solo debia acudir á la guerra en casos extremos, y si el emperador Napoleon humilló á la Prusia, hizo la guerra á España y pagó á la Inglaterra con la misma moneda, lo hizo obedeciendo solamente á la necesidad, segun dice su sobrino en su escrito. Napoleon I no tuvo por objeto extender su dominio sobre otros pueblos; porque al otro lado del Rhin



El príncipe Luis Napoleon  
(segun un dibujo inglés de 1840, del tiempo de la residencia de Luis Napoleon en Londres)

no gustan los gobiernos impuestos por la Francia, como tampoco gustan á la Francia los gobiernos que imponen los extranjeros. A pesar de todo, fueron beneficiosas las guerras del emperador; se parecían á las inundaciones del Nilo, que cuando cubren los campos de Egipto, hacen creer al ignorante que son un gran desastre para el país que dejan asolado, pero al retirarse las aguas les siguen la feracidad y la abundancia. Igualmente beneficioso fué para la Francia el gobierno personal del emperador. El país democrático, cuya aristocracia estaba aniquilada, necesitó encomendar á una familia hereditaria la proteccion de los intereses generales, y por esto, y no por ambicion personal, se ciñó Napoleon la corona. Su objeto fué siempre el advenimiento de la libertad, y aunque este nombre no se ostentaba en todas las esquinas de las calles, cada ley preparó su advenimiento. El emperador dijo que una constitucion era obra del tiempo, para cuyo perfeccionamiento habia de dejarse expedito un ancho camino. El emperador estableció la igualdad perfecta, el respeto á la ley y una administracion honrada y rígida. Si llevaba al exceso la centralizacion, no era este su objeto verdadero sino solo un medio. Los gobiernos posteriores habian conservado justamente lo que fué solo una necesidad del momento y pasajera, y habian dejado sin cultivar todos

los gérmenes de perfeccion que encerraba la constitucion del imperio, imitando en lugar de esto disposiciones inglesas y americanas, cuando una constitucion es comparable con una prenda de vestir, que para ser buena solo puede adaptarse á una sola persona. Para la Francia esta prenda de vestimenta bien hecha, en opinion de Napoleon, fué la constitucion del imperio, que dejaba expedito el perfeccionamiento; porque solo le parecia conforme al espíritu del siglo XIX la forma de gobierno en la cual se unieran la democracia y la autoridad, y esta forma de gobierno era justamente el imperialismo, que reconocia por fundamento suyo la soberanía del pueblo, mientras el emperador ejercía el poder supremo como apoderado de las masas, de cuya aprobacion tenia que sacar en momentos decisivos nueva fuerza y nueva autoridad. Napoleon III niega en su escrito que los intereses del pueblo puedan quedar asegurados permanentemente por la fuerza propia del pueblo, conforme lo prueba la historia; y el sistema parlamentario tenia que ponerse al servicio de la aristocracia ó habia de conducir á la anarquía cuando no habia por encima de los representantes del pueblo un defensor mas alto de las ideas democráticas y que las dirigiese.

Para esta direccion creyóse destinado Luis Napoleon, decidido á valerse para obtenerla de todos los medios. Habia